

Entre leer y comer...

Artículo publicado originalmente en *Librinsula: la isla de los libros*, publicación electrónica de la Biblioteca Nacional “José Martí” de Cuba.

Lic. Edgardo Civallero
Universidad Nacional de Córdoba
Córdoba - Argentina
edgardocivallero@gmail.com
www.bitacoradeunbibliotecario.blogspot.com

Ocurrió en el invierno de 2003 en Salavina, una pequeña villa perdida en el medio del monte, a orillas del *Miski Mayu*, el río Dulce, al sureste de la provincia argentina de Santiago del Estero. Salavina es un hermoso y tradicional pueblito campesino, capital cultural y emocional del área *quichuista* santiagueña, es decir, del pequeño reducto territorial, comprendido entre los ríos Dulce y Salado, en donde aún conserva plena vigencia la variante argentina de la ancestral y dulce lengua *Quechua*.

Precisamente me encontraba en el Congreso Anual de Lengua y Cultura Quechua, presentando un avance de mi trabajo sobre desarrollo de bibliotecas en áreas y comunidades indígenas y rurales tradicionales. Tras la charla, alguien del público alzó la mano y, en un tono franco, me dijo que mi labor era muy loable, pero que “los pobres y los indios no necesitan libros, necesitan comer”.

El impacto de esa intervención fue tal que, horas después, y a pesar del “consuelo” proporcionado por varios colegas, que apoyaban mi trabajo con discursos cargados de lógica, aún no había podido reaccionar de semejante bofetada verbal. Evidentemente, no había podido contestar a una expresión tan realista, tan sensata, tan obvia... En mi mente martillaba una sola pregunta: “¿Vale la pena lo que hago?”.

La cuestión de fondo en esta anécdota sería: ¿es la lectura una herramienta útil para el desarrollo de comunidades y pueblos carenciados, o en solo un lujo que puede –o debe– quedar relegado ante la solución de problemas y la satisfacción de necesidades más urgentes?. Hallar la respuesta a esta pregunta –una respuesta que mis labios no supieron hilvanar aquella tarde en Salavina– me llevó meses y meses de reflexiones y contacto con las duras realidades de las poblaciones rurales, indígenas y peri-urbanas de mi país, realidades replicadas en otros espacios y contextos, no sólo latinoamericanos, sino mundiales.

Las necesidades primarias, urgentes, físicas de un individuo o de una comunidad, pueden satisfacerse a través de ayuda humanitaria. Definitivamente no es la forma más constructiva, pero es efectiva, y ayuda a paliar las carencias más dolorosas de un grupo humano. No son pocas las manos dispuestas a brindar tal apoyo: ONGs, fundaciones y asociaciones privadas y públicas, sociedades populares, compañías religiosas, algunos gobiernos municipales y provinciales... El abanico, en este sentido, es variado, igual que las intenciones que los impulsan a actuar.

Sin embargo, el problema de estas acciones queda expresado en la frase que, a propósito de este asunto, me espetó un viejo campesino del norte de mi provincia, Córdoba: “Los zapatos y las latas de arveja no tienen cría, m’hijo”. Tras la original y castiza expresión hay una idea subyacente que quema con su verdad: una vez que las latas se consumen y que los zapatos se gastan, las poblaciones beneficiarias de la ayuda humanitaria retornan

a la situación de partida, esperando nuevamente los recursos de auxilio. Y he aquí el problema: esta situación, perpetuada, genera relaciones de asistencialismo, paternalismo y dependencia que redundan en desmedro del grupo desfavorecido, pudiendo derivar incluso en presión y control social. Algunos casos en las provincias argentinas de Formosa, Chaco, Salta y Santiago del Estero (por citar realidades locales que conozco de primera mano merced a mi trabajo) lo demuestran claramente.

Las necesidades primarias de las comunidades desfavorecidas (alimentación, salud, abrigo y un “etcétera” dilatado) deben solucionarse en forma rápida, pero también equilibrada, proporcionado a la vez un sólido plan de (in)formación y educación: un plan estable en el tiempo y pertinente respecto a las características socio-culturales de las comunidades destinatarias.

(In)formación y educación son servicios que pueden ser prestados por una biblioteca pública (o popular, o comunitaria, o escolar, variantes locales de un mismo modelo). La educación permite recuperar identidades y patrimonios culturales, conocer derechos y deberes, crear caminos a futuro, encontrar alternativas y soluciones a las situaciones críticas, y comprender el poder de las manos y el trabajo propios. Permite evitar que los vacíos de ayer y las caídas de hoy vuelvan a repetirse mañana. Permite construir esperanzas y proyectos y anular cadenas de dependencia, innobles y humillantes para cualquier ser humano. Permite dar a la vez el pescado y la caña para pescarlo. Permite aprender a cultivar la tierra, a criar animales, a aprovechar los recursos, a procesarlos y comercializarlos, a administrar, a proteger la salud, a reclamar lo propio y respetar lo ajeno, a recordar las historias vividas y el camino transitado...

Dudo que exista una disyuntiva entre un libro y un plato de comida. De hecho, no se trata de *dejar de lado lo importante por solucionar lo urgente* (aunque esto sea un paradigma secular para muchos gobiernos). Se trata de tener en cuenta *ambas* cosas, dando un tratamiento justo a cada una de ellas. La lectura y la escritura –y las posibilidades que ellas brindan– son adquisiciones imprescindibles para cualquier grupo humano. Sin ellas, el desarrollo se ralentiza hasta niveles inimaginables.

La biblioteca, heredera de un legado de siglos de trabajo –no siempre en pro de la educación, pero sí a favor de la gestión del saber– posee instrumentos, herramientas y métodos apropiados para esta labor, que se presenta como la más estratégica en la bibliotecología contemporánea. La biblioteca debería ser una institución flexible, que se adapte dúctilmente a los requerimientos de sus usuarios. No debe forzar a la realidad y moldearla a su antojo: debe adoptar la forma que la realidad le pida, con imaginación y compromiso. Tampoco debe limitarse a esperar a sus lectores entre las paredes que la limitan: debe superar los muros y acercarse a su comunidad, extenderse y abrir sus puertas a todos, sin establecer diferencias, distinciones que son, en última instancia, creaciones humanas destinadas a (re)producir odio y miseria.

Más allá de la información y el conocimiento práctico que puede proporcionar, la biblioteca difunde un principio fundamental: la *libertad*. Tiene la capacidad de cortar las cadenas en la acción y las mordazas en la expresión, y enseñar que cada uno es dueño de su propio destino, responsable y amo de sus propios hechos y creador de sus propios senderos. Enseñanza necesaria para muchos, y peligrosa para los pocos que sustentan poderes basándose en la ignorancia de la gran mayoría.

Si bien las ideas expresadas hasta aquí pueden sonar tremendamente utópicas, están reflejadas en numerosas Convenciones, Manifiestos y Recomendaciones internacionales, sustentadas (aunque pocas veces puestas en práctica) por organizaciones como IFLA, UNESCO, ONU o ALA. Pero parece que las inversiones a

futuro siguen siendo viables sólo para unas pocas mentes visionarias, esas mentes que trabajan a lo largo y ancho del mundo creando pequeños milagros bibliotecarios y educativos, ejemplos de profesionalismo, amor y solidaridad. El resto se queda en lo urgente, en el plato de comida y la foto de rigor y la propaganda, acciones que suelen derivar, en muchos casos, en la directa manipulación de sociedades enteras. Para ellos, la biblioteca es un bien innecesario. Quizás porque desconocen su poder. O quizás porque lo conocen. La libertad de pensamiento –y las herramientas que la facilitan– siempre han sido los principales enemigos de esos espíritus bajos que aprovechan las necesidades y los desconocimientos ajenos en beneficio propio.

Pregunten, sino a los habitantes de las comunidades indígenas del Gran Chaco argentino, que están comenzando a recuperar su memoria y sus decisiones gracias a minúsculas bibliotecas comunitarias, y han comenzado a comprender que, hasta hoy, han pagado con sus votos, su trabajo y su sangre la luz que los ilumina y el agua limpia que beben a veces.